

LEONARDO STELIO

NOVELA INÉDITA

POR ALBERTO NIN FRIAS Y EMMANUEL MARTÍNEZ

III

Los primeros conocimientos me fueron dados por mi madre ayudada por una tía. Esta piadosa mujer pertenecía a esa noble falange, que llevan su abnegación al extremo de quedarse siempre solteras para entregarse de lleno a la educación de sus hermanos menores y más tarde, a la de los hijos de éstos.

Almas así conservan en el fondo del corazón una fe viva en la unidad moral y material de la familia. Son las que atizan el fuego del lar, que bajo el imperio del ánima de Tanagra de la mujer moderna, esta tan expuesto a extinguirse.

Cúpole a ella en gran parte la formación de mi corazón. Tal así era, que mi abuelito, llámala siempre con el tierno nombre que hubiese empleado para su esposa viva.

Las ediciones de libros de niños de Calleja, eran una de mis lecturas favoritas. También vidas de santos y en primer término, la de María, por quien hasta ahora he guardado la más acendrada devoción.

Virgen madre, de gracia dadora

Esta cabe mio las horas todas del día,

Si el dolor les llena o la alegría las mueve

Tu seras siempre lo que a Dios me une,

Siempre serás tú quién me llama a la ciudad futura.

Más que a tu hijo a nadie amo,

Por clo mismo la expresión no hallo,

Desde que tú a su diestra te sientas,

Por sentirme pequeño, dirijo para tí

El amor infinito que callo para el.

María, en su última aparición, en Lourdes, es aquella en que más fe tengo. Ella es quién impide que baje del cielo el fuego devastador que destruyera otraro Sodoma y Gomorra.

Era ya necesario confiar a maestros, mi educación. La elección del colegio donde debían colocarme, fué objeto de detenido estudio de parte de los miembros de mi familia.

Por fin se consideró que un colegio de monjes sería el más adecuado para prepararme al sacerdocio; pues siempre era esta la viva aspiración de mi alma.

Areano, misterio inefable porque en tu vida, Sordello, como en la mía, persistió tanto el místico embeleso sobre los impulsos de una naturaleza, que por su sensibilidad para lo bello en el arte, debía vivir en el mundo de lo plástico.

Hay jóvenes artistas, que viven un tiempo en Dios para luego traer al mundo, en la interpretación de los sentidos, algo de lo inefable y sutil que ellos por sí solos, no pueden transmitir. Siempre que el hombre ha revelado ago de la belleza de las cosas, le hemos visto imbuído de soledad y silencio. Y así ocurre a los que no quieren ver nau-

fragado su ideal en la inconstancia de los sentidos.

Por un lado, el alma sabe ser fiel a una cosa, la vida entera, más los aquellos flotan como cierta flora del mar, en el océano de los deseos, sin sujetarse a la precisión de una ley. De esta suerte los artistas que han sido sobrios en la expresión de su intensa vitalidad, durante la primera juventud, son los fuertes, los dominadores. Excitado en un grado a penas concebible por las más halagüeñas sensaciones, se aleja el artista inexperto, si es que la vanidad no empieza por perderle. La fascinación que todo ello ejerce es dominada inconcientemente por ese pasado de pureza, de orden, de íntima poesía.

Puede así el aprendizaje sacerdotal servir la misión del arte más excelso.

Ya lo dijo, amigo mío, el maestro soberano, Ricardo Wagner:

"Mi arte es mi oración; y creedme, un artista verdadero no canta sino lo que cree no habla sino de lo que ama, no escribe sino lo que piensa, porque los que mienten se traicionan en su obra, lo cual por lo mismo, resulta ceteril y de poco valor. No siendo sincero y desinteresado, no puede nadie llevar a cabo una obra de arte verdadero".

En los primeros días de Marzo, hízome saber mi madre que había sido admitido postulante en el Colegio Serránico de los frailes menores.

Si he de ser franco, no puedo dejar de manifestar que fué terrible el sacudimiento sufrido por mi ser, al pensar que iba a separarme de los míos. Estaba tan acostumbrado a solazarme entre los maternos brazos y a compartir con la madre los instantes todos de mi vida, más era impensable separarse: el colegio era de internos. Los pupilos solo podían ser visitados por sus familia, una vez cada mes.

Amancejó el día de comenzar mis estudios y una mañana del mismo mes, en compañía de la autora de mis días fuí conducido al colegio.

En la portería del convento, esperabame el provincial, amigo nuestro.

Mi Madre, al confiarme a su cuidado, a semejanza de lo que hizo Ana con María al presentarla al templo de Jehová, díjole, entre sollozos:

"Padre, os entrego el hijo que más amo. Su corazón como huerto sellado, aún no ha sido manchado por la ponzoña del mundo. Es inocente y espero que la ofrenda hecha hoy de este tesoro, será grata al Señor."

Nos abrazamos fuertemente y luego el padre tomándome de la mano y acariciándome los blondos cabellos, condujome a donde estaban los demás alumnos.

En el ambiente de la huerta sonriente y frondosa, rodeado de niños alegres y juguetones, olvidé bien presto el hogar.

Existe una edad intermedia en que el intenso amor ha-



MARIA EMILIA MENDIVIL

cia los padres queda suspenso, más viene la madurez y con ella volvemos a quererlos cual si de nuevo fuéramos pequeños. Parécenos entonces que nuestros mayores pertenecieran a una raza distinta de la nuestra. Alrededor de los treinta el hermoso ensueño se disuelve: el rosal ya no habla con el roble.

Recuerdo que un día, el rector del colegio, quiso preparar un coro de niños para solemnizar una fiesta religiosa.

Como yo no tuviera la suficiente soltura de dar a conocer mis facultades de buen cantor, díjeme al padre que no me contara entre el número de los escogidos para ese fin.

Bien pronto recibí el castigo de esta mentirilla.

Por la noche comencé, en una de las salas desocupadas, a cantar una canción que había aprendido en mi casa.

El padre que se paseaba por el patio se puso en la ventana a escuchar.

Al terminar mi canto, llaméme a su lado y me enrostró la falta cometida. La canción, según él era mundana y a más de eso, hacía un momento que con insistencia le había afirmado que no cantaba.

El castigo consistió en ponerme de rodillas, haciéndome repetir por tres veces la misma canción. Demás me parece, el decir que aquella pena siendo la primera que sufrí, me hizo derramar muchas lágrimas.

Al día siguiente, en la sala que se reunía la 'Schola Canterum' se me confió la parte principal en el "Laudate pueri" de Capocci.

Alabad, oh niños al Señor! alabad su nombre.

Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre. Desde el ascenso del sol hasta su ocaso, el nombre del Señor es digno de alabanza.

El nombre del Señor esta por encima de todas las naciones; y su gloria más allá de los cielos.

Quién se parece al Señor Nuestro Dios, que mora en la cima; y observa las cosas bajas del cielo y de la tierra.

El eleva los necesitados de la tierra y quita a los pobres del marasmo.

A fin de que él pueda colocarlos con los príncipes, con los magnates de su pueblo.

El es quien hace habitar a la mujer esteril en un hogar, la madre feliz de muchos hijos.

Mucho me halagó el éxito obtenido entre los fieles, asistentes al templo después de mi canto.

Con este salmo ingresé a cantar en las iglesias. Fué siempre mi favorito, por tratarse de una manifestación infantil hacia Dios, "el eterno joven". Eneudraba bien esta preferencia con mi modo natural de ser. Siempre amé a los niños, porque simbolizó en ellos, algo de lo que más amo y admiro la pureza del corazón.

Isidora Duncan, el milagro de la danza griega hecha carne, después de lograr volver los ojos de la civilización hacia el ritmo sobrio, esultórico, de maravillosa y a la vez sencilla donosura, perdió de una manera trágica, sus dos hijitos. En el instante de la concepción, como helena de la mejor cepa, había pedido para ellos, un cuerpo fuerte, armonioso y bello. Modelos de la futura raza fueron los niños y así comprendo, que al morir ellos, la artista la haya podido escribir: "los niños todos de la tierra son también mis hijos".

Cuando voy por la calle, en todos los nenes reparo y vibra por mi ese soplo creador de la paternidad. Acaso por amarnos mucho, no me toque tenerlos, pero cualesquiera sean las armonías de mi vida, la expresión de esta

Electra, más cruelmente golpeada aún que su hermana de Grecia, cuajara siempre este sentir de los sentires.

Muy dulce música de cámara ha de oírse para aquilatar en su belleza ingenua lo que voy a referir.

Un día, abstraído de las bajas miserias del mundo, paseábase por la arzobispal ciudad de Chartres, un artista maravillosamente singular. Entró a la catedral sin par y oyó los graves cánticos que se elevaban majestuosos hacia las góticas volutas. Se decían las vísperas y la luz moribunda del sol, apenas coloreaba la viviente e inquieta pedrería de los ventanales. La música con letra latina aumentaba el sentimiento de unión con Dios. Todo predisponía al éxtasis, al renaciente anciano. Terminó el rito, Las luces fueron apagándose una a una en un extremo apartado de la Iglesia quedaba hermosísima en las tinieblas circundantes, un cirio pascual. Un angélico niño de coro; blondos y esortijados los cabellos, marmórea la fresca tez, aveciñose parecido a un amor a extinguirla. Fué para qué decirlo la más pura imagen que del local llevó Augusto Rodin.

Los niños, si son ellos la esperanza de los tiempos, los que muriendo en la infancia dejan tras sí más pena, los que en viviendo, irradian más luz.

Adelante adolescentes, gérmenes de mundos nuevos en las entrañas, Los que de la vida conservan, con intacta pureza, su más concentrada esencia.

Fuerte cantad de los juegos libres y harmónicos, el flsófatar.

No tenga vuestra sonrisa tregua el íntegro día.

Los frutos del camino, la amistad, íntima y dulce

El yelmo de argento y los brazos musculosos de un fraterno mayor.

No dejes de volver hacia él, para protección y modelo, los ojos ansiosos.

Que no es todo plácido en la azarosa tierra.

Del hogar, la calma; del campo, el lozano vigor; de la mar; de la mar, el móvil ondear, llevad a la mente, la perenne impresión.

Cantad la vida sin mácula, elevad al Señor el bermejo y sabroso don de la alegría de todo el cuerpo.

Compusé más tarde, pero de ello hago mención aquí para relacionarle con estos sentires, brotados en muy tierna edad; una melodía para estas palabras. Preludiaba el salmo, acordes frescos y ríos, luego encomenzaba el versículo sobre una melodía que avanza primera y luego se repiiega sobre sí misma. Hécese más lenta o corre más ligeira según la energía o placidez del concepto.

Y en la frase y música adoraba sin cesar al Dios vecino a los chiquillos límpidos y transparentes de alma.

¡Cómo inspiran as procesiones de niños las graves fisonomías embebidas en el libro de los cantares. Al través del incienso semejan seres de otro mundo sutil.

En la Iglesia Anglicana, la parte coral desempeñada por hombres y niños, presenta un cuadro de los más artísticos.

¡Lo olvidaré jamás? Erase una fría mañana de Diciembre, las calles estaban atestadas de nieve y reinaba en el ambiente una calma de ventisqueros. Nueva York festejaba el nacimiento del Cristo, Habítaba yo el barrio de Morningside, donde se construye la altiva catedral de San Juan Evangelista.

No conociendo Iglesia Católica alguna, ocurrióseme entrar a la cripta de este templo episcopal. Una suave luz de misterio sumía en la penumbra, los frisos de mosaicos que cubrían las paredes, y formaban al fondo del altar, un ábside donde se dibujaba la cruz santa. Reducíanse los q-



LAURA MAYOL

namentos rituales, a unos vasos de bronce, dos cirios y la vajilla de la comunión, hecha toda de oro.

Esta sencillez levantó en mí una gran onda de espiritualidad. A lo lejos oyóse un cantar majestuoso. A cada momento hizo más claro y por fin irrumpió el órgano. Las puertas de la sacristía se abrieron y un manco, la cruz pastoral en las manos, avanzó seguido de treinta mozaguillos. Iban colocados por edades y seguíanlos jóvenes y hombres.

La seriedad y el entusiasmo con que cantaban; la marcialidad de sus ademanes: todo ello me transportó a las abadías medievales y la Sixtina. Capilla donde la voz se pierde entre los frescos de Miguel Ángel.

Los pintores del Renacer, con qué certero deleite se detuvieron ante la imagen del niño en el andar de su alma a Dios.

Lucca della Robbia superó en ello a todos sus hermanos en el color. En la "Cantoria", niños de todos los tamaños entonan el alleluya sublime. Son legión los cuerpecitos luminosos, cubiertos de túnicas hasta la rodilla. El libro de los Salmos se rejuvenece, se añiña en las manecitas nerviosas de los argentinos cantores.

He ahí el baluarte de la antigua confesión Católica, institución que al ritual dió rayos de sol y puso la nota escultórica indispensable en toda ceremonia religiosa. Educábase la adolescencia en el ritmo de la milenaria hierática y daba a sus movimientos, esa serenidad, que fué en todo tiempo, atributo de los dioses.

IV

El triunfo conquistado en el mismo templo dió origen a que en mi corazón de niño empezaran a despertarse los primeros sentimientos de la vanidad. Atendida esta tendencia por el rector del colegio, procuro con toda fuerza exorcirla. Dada mi temprana edad podía ser aquel sentimiento en el curso de mi vida, motivo de serios trastornos para el sacerdote que iniciaba su carrera.

Recuerdo con íntima satisfacción las largas horas empleadas por mi maestro en sacar de mí alma pequeños vicios en gérmenes, a semejanza de lo que hace el jardinero con las malezas que pueden arruinar las tiernas plantas cuidadas por su mano.

A pesar de la solicitud con que mis maestros procuraban en cuanto era posible distraer mi mente de las preocupaciones ajenas a los estudios, fué necesario que nuevamente me hiciera parte de los sucesos, que por esa época, ocurrían en mi hogar.

Cierta día recibí la visita de mi padre, a quien no veía desde hacía bastante tiempo. Me interrogó sobre el estado de mis estudios y también acerca del género de vida que llevaba.

Alma inocente de niño, confié a mi padre las mil peripecias de mi vida estudiantil.

Mis maestros, para estimularme, presentábanme rivales poderosos para competir en todos los ramos del saber, de los certámenes semanales que era costumbre hacer.

En aquellos veía yo enemigos irreconciliables, pues no me podía conformar con ver ocupado el primer puesto de la clase por uno de ellos. Pues era yo el primer alumno de la clase y a nadie quería cederle este honor conquistado después de rudas batallas.

Esto reiteró la idea de mi padre de no dejarme seguir la carrera empezada.

Hízome ver las ventajas que podía obtener yendo a o parar un puesto en uno de los liceos nacionales.

Entusiasmado yo con verme libre de los que creía mis opositores y herido mi orgullo con una que otra victoria obtenida por mis conriscipulos, abracé con alegría el proyecto de retirarme del postulado.

Tenaz en mis propósitos, no me hicieron cejar los consejos de mis profesores ni el llanto de la madre.

Salí fuera y no tardé mucho en arrepentirme de lo que había hecho.

Sonaban en mis oídos, los gritos bulliciosos de mis compañeros sentía la nostalgia del tintineo de la campana que a diario nos llamaba a empezar nuestras tareas.

No brillaba el sol tan esplendoroso como en aquellos días felices en que la única preocupación de mí ser era robustecer éste mismo con la savia generadora de la Ciencia.

Como decía al principio, hubo de interesarme por fuerza de los acontecimientos de mi casa. Luego que mi padre consiguió que saliera del colegio, olvidó nuevamente que era el jefe de la familia. Y he aquí, a los catorce años convertido en dueño de casa.

Aunque muy niño, comprendía que el gran motor de las familias humanas es el dinero y por lo tanto me dispuse a trabajar. Difícil cuestión, por supuesto de resolver en tan tierna edad.

Mi constitución física no me permitía dedicarme a labores pesadas. Es indudable que habría sido un mal obrero.

Ensayé la carpintería; fuí después a un taller de mecánica y como solución final a estos ensayos convine en que no era apto para ellos.

Había nacido en un ambiente muy distinto del que se respira en los talleres y en las fundiciones. Las rechifas de los obreros, al verme preparar de mala manera el tiesto de la cola, hiciéronme un día derramarla a medio hacer sobre la cabeza de uno de ellos.

El escándalo fué grande y el caballerito fué puesto de patitas en la calle por no tener conocimiento del derecho de gentes.

Luego ¿qué hacer?

Aún estaban latentes en mi corazón las "gratas memorias",—"o quam bonus et suavis est",—de los días en que cantaba en el coro de mi convento y recordando un adagio que dice:

"Pastelero a tus pasteles",—ví modo de acercarme a un chantre de capilla para que me hiciera cantar en las Iglesias.

Tuve fortuna y este señor acogió mi demanda con cariño y se encargó de mi educación musical.

No pasaré en silencio un hecho que está relacionado con el primer sueldo que gané.

Celebrábase en la Iglesia de San Agustín la primera misa de un joven sacerdote que pertenecía a una familia patricia de Santiago.

Fuí llevado allí como un número de novedad, debiendo cantar en el ofertorio un versículo del salmo: "Dixit Dominus: tu es sacerdos in aeternum."

A pesar de mis pocos años no es para ser descrita la profunda impresión que me hizo el ver elevar las blancas manos del apóstol de Cristo, ofreciendo en sublime holocausto la hostia de pacificación.

¿Qué santa envidia inundaba mi alma al verlo reverente y confundido, ofreciéndose víctima por la salvación de los hombres!

Nuevamente sentí los desasosigos inherentes a la vocación religiosa.



SILVIO PETTIROSSI
El gran aviador paraguayo

¡Cómo hubiese deseado ser yo mismo ser el sacrificador y a la vez el cantor del Dios de Israel!

Terminé mi canto y mis ojos anegados en lágrimas, no encontraron otro refugio que el mismo altar, la causa de mi quebranto.

Ahora bien, mi dolor hubo de tener su compensación: radiante de goce, llevé a mi madre el dinero que con tanto dolor del alma había ganado. Este era mi primer estipendio y por derecho de conquista, pertenecía todo entero. Bendijo ella mi trabajo y veo que esa bendición ha dado sus frutos. Jámás hasta hoy día he dejado de ganarlo para ella, haciendo con esto la felicidad de mi humilde hogar.

En el mes de Febrero, según acuerdo tomado por mis mayores, partimos mi madre, mis hermanitos y yo, a nuestra pequeña estancia, por convenir ese proyecto al estado financiero de nuestra familia.

Ellos veían que yo no era capaz de echar sobre mis hombros, la pesada carga de una familia y además esa inquietud, que notaban en mí, en lo referente a mis aspiraciones al sacerdocio, los hizo considerar que era necesario alejarme de la capital, donde posiblemente el contacto con jóvenes, que pensaban de diversa manera, pudieran hacerme desistir de mi empeño. Dividida así en dos partes la familia, mi madre se encargaría del cuidado de la chaera, subsistiendo con esto a sus necesidades.

Mis tías y abuelito quedarían en Santiago trabajando en un negocio.

¡Cómo se ve, las dificultades se habían subsanado!

La estancia en nuestra casita de campo, ejerció en mí una admiración profunda por la naturaleza.

Cantaba solo de alborozo al contemplar las salidas y puestas de sol que tan magníficas se presentan en nuestras risueñas campiñas. Cada vez que elevaba mis ojos al cielo, recordaba con íntima alegría las palabras del Salmista: "Domine, Dominus noster, quam admirabilis est nomen tuum in universa terra".

Regaba cada mañana con agua cristalina mis plantas favoritas: un rosal estaba a mi cuidado y mi mayor platera tomar aquellas más tiernas y delicadas, para adornar la pequeña imagen de la Virgen, que madre había colgado "nella piccola stanzetta".

Aquí di expansión a mis deseos de hacerme religioso.

La Naturaleza acerca más la criatura hacia Dios y al alma robustecida con la belleza que ella depara; ansia unirse más íntimamente con El.

Místicos nacidos de este amor a Natura han sido, Francisco de Assis y Fray Luis de León.

"El aire se serena..." al nombrarlos siquiera. A noches de paz, a tardes serenas, a dulces mañanas, a amables soledades, a la vida armoniosa transportan los admirables versos del poeta de la "Ascensión".

En todo momento, Cristo tiene al hablar de los lirios del campo y de otros objetos naturales, los mismos arranques de poeta místico. Significarían estos ejemplos que el amor de Natura debe ser parte del alma sacerdotal?

Mi vida estaba ordenada según el reglamento del colegio: las primeras horas del día, dedicábales con ahínco al estudio del latín, luego después era de obligación decir mi misa cotidiana.

Mis hermanos hacían de acólitos y varias veces hubo de intervenir Mamá para resolver alguna polémica sobre el orden en que debían decirse las misas.

Pues, siguiendo mi ejemplo, los hermanitos gustaban muchísimo sentirse prestes.

En más de alguna ocasión tenía compromiso y en especial, los días domingos de ir a decir mi misa en casa de mis parientes.

Numerosos vecinos se acercaban hasta la casa y con fervoroso recogimiento atendían las ceremonias de mi ritual propio.

Terminada aquella, era de cajón dirigir la palabra a los fieles. Mi incipiente oratoria era motivo de estruendosas carcajadas cuando les anatematizaba con penas horrendas en el infierno por sus pecados.

Les pintaba los demonios con unas orejas espantosamente largas, los cuales no tendrían otra ocupación que dardes de puntapiés a los hombres que no iban a oír misa.

Tenía ya sentada mi fama como buen cura de aldea, y al regresar a casa metido en un largo gabán negro y sus correspondientes gafas, tenía que soportar en el camino, las risotadas de los chiquillos que me gritaban: "¡alla vá el frailecito".

Si he de decir la verdad, esta popularidad no dejaba de serme grata, pues me hacía la ilusión que estaba ya dando misiones a los salvajes en el Oriente.

El resto del día ocupábalo generalmente en ayudar a mi madre y de noche después de la frugal comida, previo el rezo en familia del Santo Rosario, mi madre y yo, sentados bajo los naranjos del huerto, recordábamos con dulces canciones, los días pasados en compañía de padre, en la casa de Santiago:

"En aquel triste y solitario sitio,

Feliz un tiempo me juraste amor,

.....

.....

Vive dichoso donde tu quisieres,

Tu eres muy dueño para a otra amar,

.....

.....

Ausente tú y siempre en mi memoria,

Yo vivo triste sin verte a ver..."

Los últimos ecos del cantar llevábalos la brisa tibia de la noche a través de otros pueblos donde el padre vivía sólo y separado de los suyos.

Esta canción era generalmente el epílogo triste de un día feliz.

Por rara naturaleza, a la criatura gústale siempre unir las lágrimas con las risas y es a veces eficaz para el corazón, refrescarlo con el llanto.

(Continuará).